

Acompañamiento de Motezuma.

Poco despues se fué dexando ver la primera comitiva real, que serian hasta doscientos nobles de su familia, vestidos de librea con grandes penachos conformes en la hechura y el color. Venian en dos hileras con notable silencio y compostura, descalzos todos, y sin levantar los ojos de la tierra: acompañamiento con apariencias de procesion. Luego que llegaron cerca del ejército, se fueron arrimando á las paredes en la misma orden; y se vió á lo lejos una gran tropa de gente mejor adornada y de mayor dignidad, en cuyo medio venía Motezuma sobre los

Cómo venía Motezuma. Sus andas.

hombros de sus favorecidos en unas andas de oro bruñido, que brillaba con proporcion entre diferentes labores de pluma sobrepuesta, cuya primorosa distribucion procuraba obscurecer la riqueza con el artificio. Seguian el paso de las andas quatro personajes de gran suposicion, que le llevaban debaxo de un palio

El palio.

hecho de plumas verdes entretexidas y dispuestas de manera que formaban tela, con algunos adornos de argentería: y poco delante iban tres Magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente, como avisando que se acercaba el Rey, para que se humillasen todos, y no se atreviesen á mirarle: desacato que se castigaba como sacrilegio. Cortés se arrojó del caballo poco antes que llegáse, y al mismo tiempo se apeó Motezuma de sus andas, y se adelantaron algunos Indios que

Ministros que iban delante.

Apeáse Cortés, y despues Motezuma.

Apéase Cortés, y despues Motezuma.

alfombraron el camino para que no pusiese los pies sobre la tierra, que á su parecer, era indigna de sus huellas.

Previnose á la funcion con espacio y gravedad; y puestas las dos manos sobre los brazos del Señor de Iztacpalapa, y el de Tezcuco sus sobrinos, dió algunos pasos para recibir á Cortés. Era de buena presencia: su edad hasta quarenta años, de mediana estatura, mas delgado que robusto: el rostro aguileño, de color menos obscuro que el natural de aquellos Indios: el cabello largo hasta el extremo de la oreja, los ojos vivos, y el semblante magestuoso, con algo de intencion: su trage un manto de sutilísimo algodón, anudado sin desayre sobre los hombros, de manera que cubria la mayor parte del cuerpo, dexando arrastrar la falda. Trahia sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas en tanto número, que servian mas al peso que al adorno. La corona una mitra de oro ligero, que por delante remataba en punta, y la mitad posterior algo mas obtusa se inclinaba sobre la cerviz: y el calzado unas suelas de oro macizo, cuyas correas tachonadas de lo mismo ceñian el pie, y abrazaban parte de la pierna, semejante á las cáligas militares de los Romanos.

Su presencia y su age.

Hechura de la corona.

El calzado.

Llegó Cortés apresurando el paso sin desautorizarse, y le hizo una profunda sumision; á que respondió poniendo la mano cerca de la tierra, y lle-

Notable cortesía de Motezuma.

vandola despues á los labios: cortesía de inaudita novedad en aquellos Príncipes, y mas desproporcionada en Motezuma, que apenas doblaba la cerviz á sus dioses, y afectaba la soberbia, ó no la sabía distinguir de la magestad: cuya demostracion, y la de salir personalmente al recibimiento, se reparó mucho entre los Indios, y cedió en mayor estimacion de los Españoles: porque no se persuadian á que fuese inadvertencia de su Rey, cuyas determinaciones veneraban sujetando el entendimiento. Habíase puesto Cortés sobre las armas una banda ó cadena de vidrio, compuesta vistosamente de várias piedras que imitaban los diamantes y las esmeraldas, reservada para el presente de la primera audiencia; y hallandose cerca en estos cumplimientos, se la echó sobre los hombros á Motezuma. Detuvieronle, no sin alguna desatemplanza, los dos brazeros, dandole á entender que no era lícito el acercarse tanto á la persona del Rey; pero él los reprehendió, quedando tan gustoso del presente, que le miraba y celebraba entre los suyos como preséa de inestimable valor: y para desempeñar su agradecimiento con alguna liberalidad, hizo traer, entretanto que llegaban á darse á conoçer los demas Capitanes, un collar, que tenia la primera estimacion entre sus joyas. Era de unas conchas carmesies de gran precio en aquella tierra, dispuestas y enlazadas con tal arte, que de cada una de ellas pen-

Presente
de Cortés.

Collar que
dió Motezuma.

dian quatro gámbaros ó cangrejos de oro, imitados prolixamente del natural. Y él mismo con sus manos se le puso en el cuello á Cortés: humanidad y agasajo, que hizo segundo ruido entre los Mexicanos. El razonamiento de Cortés fue breve y rendido, como lo pedia la ocasion, y su respuesta de pocas palabras, que cumplieron con la discrecion, sin faltar á la decencia. Mandó luego al uno de aquellos dos Príncipes sus colaterales que se quedáse para conducir y acompañar á Hernan Cortés hasta su alojamiento, y arrimado al otro volvió á tomar sus andas, y se retiró á su palacio con la misma pompa y gravedad.

Breve razonamiento entre los dos.

Retírase Motezuma.

Fue la entrada en esta ciudad á ocho de Noviembre del mismo año de mil y quinientos y diez y nueve, dia de los Santos quatro coronados Mártires: y el alojamiento que tenian prevenido, una de las casas reales que fabricó Axayáca, padre de Motezuma. Competia en la grandeza con el palacio principal de los Reyes, y tenia sus presunciones de fortaleza: paredes gruesas de piedra, con algunos torreones que servian de traveses, y daban facilidad á la defensa. Cupo en ella todo el ejército: y la primera diligencia de Cortés fue reconocerla por todas partes, para distribuir sus guardias, alojar su artillería, y cerrar su cuartel. Algunas salas, que tenian destinadas para la gente de mas cuenta, estaban adornadas con sus tapicerías de varios colores, hechas de aquel algodón

Fue esta entrada á ocho de Noviembre de mil quinientos diez y nueve.

Alojamiento de los Españoles en una de las casas reales.

Adornos de la casa.

á que se reducian todas sus telas, mas ó menos delicadas: las sillas de madera labradas de una pieza: las camas entoldadas con sus colgaduras en forma de pabellones; pero el lecho se componia de aquellas sus esteras de palma, donde servia de cabecera una de las mismas esteras arrollada. No alcanzaban alli mejor cama los Príncipes mas regalados, ni cuidaba mucho aquella gente de su comodidad, porque vivian á la naturaleza, contentandose con los remedios de la necesidad: y no sabemos si se debe llamar felicidad en aquellos bárbaros esta ignorancia de las superfluidades.

CAPITULO XI.

VIENE MOTEZUMA EL MISMO dia por la tarde á visitar á Cortés en su alojamiento. Referese la oracion que hizo antes de oír la embajada: y la respuesta de Cortés.

ERa poco mas de medio dia quando entraron los Españoles en su alojamiento, y hallaron prevenido un banquete regalado y espléndido para Cortés y los Cabos de su ejército, con grande abundancia de bastimentos menos delicados para el resto de la gente, y muchos Indios de servicio que ministraban los manjares y las bebidas con igual silencio y puntualidad. Por la tarde vino Motezuma con la misma

Banquete que tenían prevenido.

pompa y acompañamiento á visitar á Cortés; que avisado poco antes, salió á recibirle hasta el patio principal con todo el obsequio debido á semejante favor. Acompañóle hasta la puerta de su quarto, donde le hizo una profunda reverencia; y él pasó á tomar su asiento con despejo y gravedad. Mandó luego que acercasen otro á Cortés: hizo seña para que se apartasen á la pared los Caballeros que andaban cerca de su persona; y Cortés advirtió lo mismo á los Capitanes que le asistian. Llegaron los intérpretes: y quando se prevenia Hernan Cortés para dar principio á su oracion, le detuvo Motezuma, dando á entender que tenia que hablar antes de oír: y se refiere que discurrió en esta substancia:

„ Antes que me deis la embajada, ilustre Capitan
 „ y valerosos estrangeros, del Príncipe grande que
 „ os envia, debeis vosotros, y debo yo desestimar y
 „ poner en olvido lo que ha divulgado la fama de
 „ nuestras personas y costumbres, introduciendo en
 „ nuestros oídos aquellos vanos rumores que van de-
 „ lante de la verdad, y suelen obscurecerla, decli-
 „ nando en lisonja ó vituperio. En algunas partes os
 „ habrán dicho de mí que soy uno de los dioses in-
 „ mortales, levantando hasta los cielos mi poder y
 „ mi naturaleza: en otras, que se desvela en mis opu-
 „ lencias la fortuna: que son de oro las paredes y los
 „ ladrillos de mis palacios, y que no cabe la tierra

Viene Motezuma á visitar á Cortés.

Mandale tomar asiento.

Razonamiento de Motezuma.